

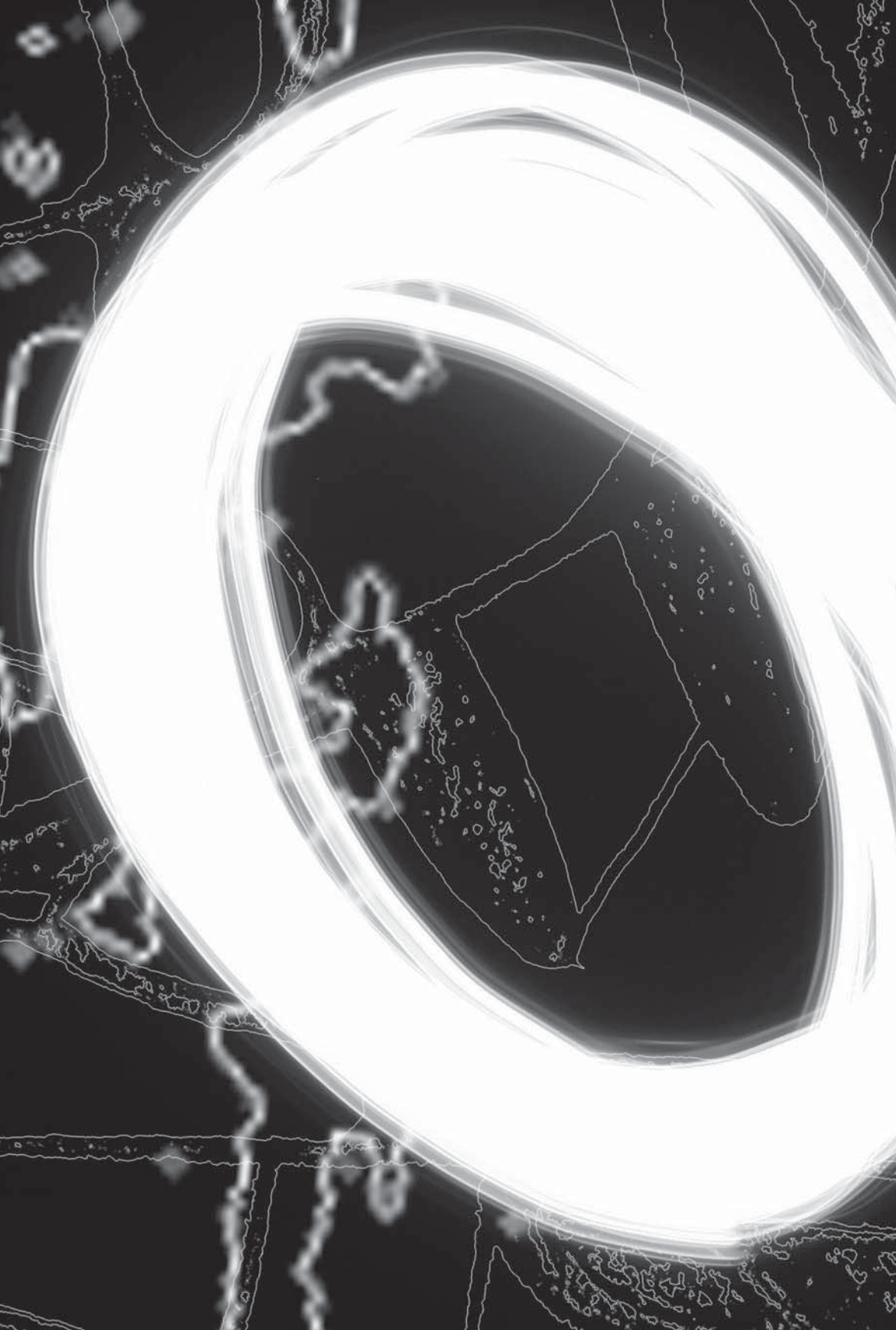
>

|   |   |   |   |   |   |
|---|---|---|---|---|---|
| C | O | N | C | U |   |
|   |   | R | S | O | S |
|   | Y |   |   |   |   |
| C | E | R | T | Á |   |
|   | M | E | N | E | S |



**XIV CONCURSO INTERNACIONAL  
DE RELATOS CORTOS  
«JUAN MARTÍN SAURAS»**

ILUSTRACIONES: Manuel Gracia Gascón



# Primer Premio 2009

## *Mapa del alba*

### Elena Alonso Frayle

De aquella época, de los años antes de que se llevaran a Aurelio, lo primero que recuerdo siempre es su colección de mapas. Casi todo lo que rodea a su figura se me presenta hoy como una sombra gris de débiles contornos, pero algunas escenas, algunos gestos, algunos objetos –como aquella maleta llena de mapas– se obstinan en aparecer y surcan pistas en mi memoria para rastrear el alma brumosa de mi hermano. Recuerdo, por ejemplo, los paseos al colegio por las mañanas, temprano, el aire aún sucio de niebla. Mamá llevándonos a cada uno bien agarrado de la mano y nosotros dos acomodando nuestros pasos a su caminar vigoroso. Aurelio andaba cabizbajo y algo encorvado, y a veces, tras la espera ante un semáforo en rojo, mamá tenía que sacudir su brazo para que continuara la marcha, como si con ello accionase algún mecanismo secreto que insuflara vida a su cuerpo desgarrado y lánguido. Cuando salíamos después de una noche de lluvia, mi hermano nunca conseguía esquivar los charcos sobre el pavimento, se mojaba los zapatos, salpicaba los bajos del pantalón y ensuciaba el abrigo de mamá. Ella se detenía, soltaba mi mano y, tras sacar un pañuelo del bolso, retiraba con cuidado los restos de barro sobre la tela. Aurelio, a veces, se excusaba sin levantar la vista del suelo y alegaba que estaba muy oscuro, que necesitaba más luz para saber dónde ponía los pies. Y añadía como para sí, en un susurro, que aún no había despuntado el alba. Yo, a través de la mano que me sujetaba, notaba cómo mamá tensaba los músculos. Por eso me sorprendía que empezara a hablar despreocupada de las próximas vacaciones en el pueblo, del traslado del maestro de matemáticas a una escuela del extrarradio, del pescado que planeaba comprar en la plaza. Pero todo lo decía mirando al frente sin pestañear, y sin esperar nuestros comentarios. Nunca recriminó a Aurelio por caminar sin cuidado o por estropearle la ropa. Y a mí se me ocurría que con esa charla velaba otros pensamientos, pensamientos relacionados con la fuerza con que sujetaba a Aurelio de camino al colegio: como si quisiera mantener sus manos a raya, encerradas entre rejas de silencio que remediaran su fragilidad. Él ya tenía trece años, era el mayor, y, sin embargo, no le importaba que los muchachos de su clase lo vieran llegar amarrado a su madre. Ella nos despedía con un beso, en sus labios tenues sobre mi mejilla asomaba la ligereza del alivio y me parecía, al verla alejarse bajo los chopos de la avenida, que su paso, libre ya de la carga, era ahora más blando, más armonioso. Más maternal. Después me olvidaba de todo aquello y en los recreos jugaba despreocupado con mis amigos a policías y ladrones, al llanero solitario, a Tarzán; atravesaba el patio accionando gatillos, ensayando onomatopeyas de detonaciones y vociferando consignas redentoras. En ocasiones, en medio de una carrera alocada, me topaba con Aurelio sentado en una esquina, solo, mirando fijamente el enlosado mate del patio o trazando signos con un dedo; me paraba en seco y me acercaba. Entonces lo oía murmurar. Mencionaba nombres desconocidos, que supongo aprendía en sus mapas, mientras su dedo índice dibujaba trémulo un camino imaginario que –lo supe mucho tiempo después– representaba ya el itinerario de su combate contra las sombras.

De aquella época recuerdo también las visitas a casa de la abuela los domingos de invierno. Nos sentábamos junto a la estufa y la abuela salía de la cocina con una fuente de cristal repleta de bizcochos. Aurelio los masticaba con desgana; solía desmenuzar los restos y después colocaba en fila las miguitas sobre el brazo de su butaca, como si fuera una hilera de hormigas dirigiéndose en procesión hacia algún destino desconocido. Una vez, mamá, sentada con la espalda muy recta, le contó a la abuela que Aurelio era un artista, que había pintado un autorretrato con tópicos con el que ganó una mención de honor en un concurso del colegio. Él asintió sin dejar de masticar y no dijo nada. Mamá se mordió el labio y a mí me pareció que la abuela iba a pensar que lo del premio era mentira, que mamá la engañaba por alguna oscura razón, que Aurelio, en realidad, no era un motivo de orgullo para nuestra madre, que descubriría lo que yo había intuido en nuestras caminatas al colegio. Así que, con una punzada en el estómago que ya cortaba como una hoja de afeitar, yo le dije a la abuela que Aurelio era el mejor hermano del mundo y que estaba seguro de que se haría famoso con sus cuadros y saldría en todos los programas de televisión y hasta el mismo Franco le daría un premio. Él siguió ordenando los pedacitos de bizcocho, pero un temblor de pájaro dormido le recorrió la mano antes de empujar a la primera de las hormiguitas al vacío, desde el mullido terciopelo de la butaca. Yo sabía que mi hermano trataba de decirme algo que no se puede expresar con palabras. También sabía que cobijaba dentro de él un territorio nublado y hermoso, desconocido para los demás, que yo anhelaba descifrar.

Mamá trabajaba en una peluquería, pero siempre salía a tiempo para venir a buscarnos al colegio y custodiar nuestra vuelta a casa. Papá trabajaba de contable en una inmobiliaria y no regresaba hasta la noche, cuando nosotros ya estábamos acostados, así que no tengo una imagen muy clara de cómo era su relación con Aurelio, pero sí recuerdo que a veces, desde mi habitación, que estaba al lado de la cocina, oía a mis padres conversar mientras cenaban, las frases breves, los escuetos comentarios acompañados del entrecuchar de los cubiertos contra los platos de duralex, los largos silencios. Mencionaban el nombre de Aurelio y la palabra psicólogo y la palabra vergüenza. También hablaban de cifras, del banco y de las letras del mil quinientos que acabábamos de comprar; oía batir las zapatillas de mamá sobre las baldosas, acercarse a la pila con los platos y mascullar, *no sé qué habremos hecho para que...*, y después el chorro del agua se tragaba sus palabras.

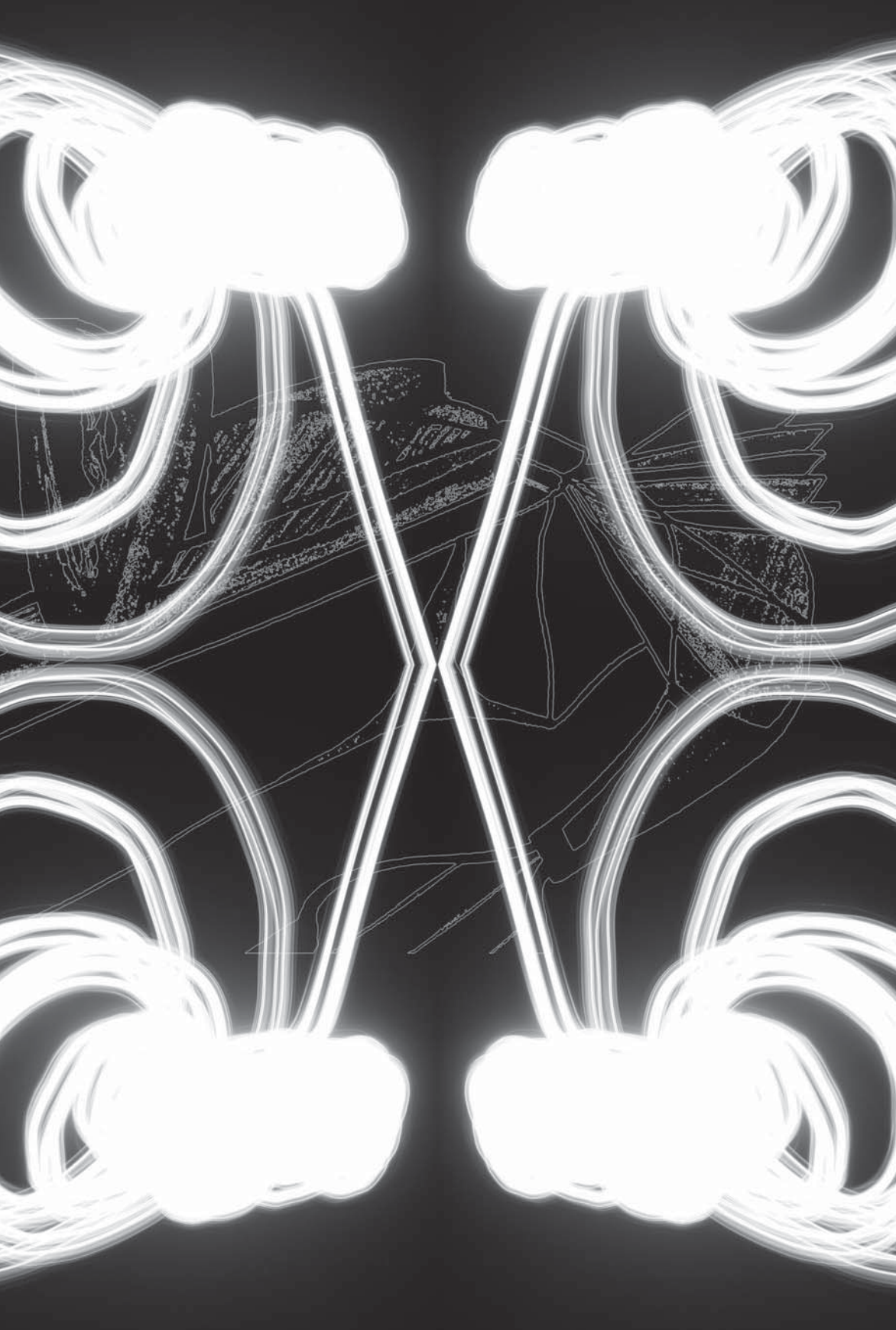
Pero lo que mejor recuerdo es la colección de mapas de Aurelio. A menudo llegaban a nuestro buzón abultados sobres de tonos pardos, con sellos coloridos y exóticos y el nombre de mi hermano escrito en el membrete. Contenían mapas, mapas de países de todos los rincones del mundo. Aurelio escribía a las embajadas, a las oficinas de turismo y a las agencias de viajes, solicitando que le enviaran mapas detallados, mapas físicos, políticos, mapas de cordilleras, mapas de población, de lagos, de desiertos, de montañas; también mapas históricos, de descubrimientos y de batallas, de confederaciones, de utopías y de hundimientos. Mamá, cuando recogía alguno de aquellos sobres, se lo entregaba a Aurelio sin mediar palabra. Él siempre cerraba la puerta de su habitación para que no lo molestaran mientras examinaba el botín y después salía con un brillo opaco en la mirada. A mí me parecía decepcionado, y más tarde lo entendí: buscaba algo en esos mapas, y no lo encontraba. Pero un día me hizo pasar a su cuarto, pues quería enseñarme algo, dijo. Guardaba su colección bajo la cama, en una vieja maleta de madera. Se arrodilló con aire solemne y abrió los pasadores de metal. Yo me acomodé junto a él, me gustaba esa complicidad de conspiradores, me gustaba notar en mi hermano un entusiasmo nuevo, tembloroso, desconocido. Sacó uno de sus mapas y lo desplegó con mucho cuidado sobre la alfombra. *Mira*, me dijo, *representa los túneles de Islandia*. Habíamos leído ese libro en el

colegio, la historia de unos exploradores disparatados que llegaban al centro de la tierra buceando por los volcanes de ese mítico país y que al final encontraban el camino de vuelta a la superficie; así es más o menos cómo recordaba yo, por aquel entonces, la novela. Supongo que ese mapa recreaba con espíritu lúdico la historia de Julio Verne, y quién sabe a través de qué oficina o delegación habría llegado hasta mi hermano. Él alisó sus pliegues con la delicadeza de un restaurador, como si se tratara de una reliquia valiosa y frágil, y me pidió con un gesto de la mano extendida que me apartara hacia atrás, de manera que mis rodillas no rozaran el papel. Le pregunté para qué servía ese mapa, a quién podría guiar aparte de aquellos científicos de la novela, que no eran más que personajes imaginarios, que no existían. Entonces él me miró. Han pasado muchos años y, sin embargo, aún recuerdo la manera en que Aurelio me miró. Sus ojos normalmente apenas conseguían sostener la atención sobre un punto, enseguida se aflojaban; pero aquel día Aurelio me miró en silencio un largo rato, hasta que volvió la cara hacia un lugar lejano, más allá de mí mismo, más allá de la pared a mi espalda. Carraspeó, y le salió una especie de quejido ronco. *Es el mapa del alba, dijo, sirve para encontrar la luz*, y sus dedos seguían las curvas que representaban las galerías bajo tierra, que de pronto me parecieron los intestinos voraces de un monstruo en el que mi hermano proyectaba adentrarse. Pensé que debía pedir ayuda, ayuda para impedir que Aurelio emprendiera ese viaje.

Hoy me pregunto si esta historia podría haber acontecido en nuestros días. Pienso en lo distintas que habrían sido las cosas sin esas conversaciones entrecortadas de mis padres, sin ese empeño suyo por amarrar las manos de Aurelio para esquivar la realidad. Sin ese régimen de silencios que nos amordazó durante tantos años y que nos atrapó a todos en la incomprensión. Si hubieran sido mis padres, y no yo, quienes pidieran ayuda. Pero fui yo, y con ello cargué de plomo mi alma, un lastre que me ha acompañado toda la vida, pues fue mi petición de ayuda para Aurelio lo que desencadenó los acontecimientos que vendrían después.

Ese mismo día abordé a nuestra madre mientras cosía en la sala, me senté junto a ella en el sofá y le conté en voz muy baja que temía que Aurelio quisiera escaparse a Islandia; le hablé del mapa que le guiaría para encontrar la luz del alba, esa luz que siempre decía faltarle por las mañanas, cuando la oscuridad le hacía tropezar en los charcos. Le dije, rozando su mano, que yo no quería que mi hermano se alejara. Que, por favor, ayudara a Aurelio a encontrar la luz sin tener que internarse en los túneles bajo la tierra de un país remoto y quién sabe si inexistente. Que *—mamá, por favor, por favor, por favor—* no permitiera que mi hermano se nos marchara. Ella dejó caer la labor sobre el regazo desde que mencioné el mapa; me escuchó muy seria, pero no hizo ningún comentario, las palabras contenidas tras la dureza angulosa de sus labios. Me dijo que me fuera a acostar y que no me preocupara. Aquella noche mis padres cenaron en silencio.

Al día siguiente ocurrió todo. La maleta de los mapas había desaparecido, ya no estaba en su lugar bajo la cama cuando volvimos del colegio. Aurelio se arrodilló para sacarla y únicamente encontró la huella polvorienta de su ausencia. Oí cómo abría cajones, tanteaba repisas, exploraba los altillos de los armarios empotrados. Nada. Alguien se la había llevado. Lo vi rebuscar en la basura de la cocina, las manos como garfios escarbando entre mondas de patatas y envases de yogur. Se incorporó cuando oyó entrar a mamá y vi que tenía los ojos de piedra. Le preguntó por sus mapas, le suplicó que se los devolviera; la voz se le quebraba vacilante, como el rastro de un animal herido. Ella le apartó de la basura agarrándolo de un brazo y le ordenó que fuera a lavarse las manos. *Tienes que madurar, Aurelio*, le dijo. Después todo sucedió muy rápido. Los golpes de





mamá llamando a la puerta del baño, que Aurelio había cerrado con pestillo. La ayuda de los vecinos para echarla abajo. Los labios blancos de Aurelio, las marcas en sus muñecas. La ambulancia.

Se llevaron a Aurelio, y lo arrinconaron para siempre en la otra orilla de la vida, en una región sombría de mañanas sin sol. Yo me quedé solo y aturdido, y busqué refugio en la habitación de mi hermano. Sentí un puño en las costillas al ver el espacio vacío bajo su cama, donde ya no estaba su vieja maleta. Y comprendí de un golpe qué era lo que Aurelio había buscado en esos mapas; y también comprendí que esas frases que yo había pronunciado ante mamá constituían una fisura que separaba mi vida en dos mitades, y que ya nunca encontraría el modo de rellenar ese espacio. Lo comprendí con esa docilidad con la que se aceptan de niño las más aterradoras certezas –la muerte, el brillo de las estrellas en el universo infinito, la existencia del mal–; certezas que garantizan un mundo coherente y ordenado, y que nos arrojan, solos y sin mapas, a la noche cerrada.



## Segundo Premio 2009

### *Ayer, hoy, mañana, nunca*

### Luis Auñón Muelas

#### EL PROGRESO

Sucedió una mañana soleada al principio del otoño. Transcurría uno de esos otoños que a ti tanto te gustaban. Comenzaban a desprenderse las hojas amarillas de los olmos, pero tú ya no las verías. No percibirías crepitar bajo tus pies la tupida capa amarillenta al pasear por encima de las hojas muertas. Las golondrinas se concentraban en los alambres del tendido eléctrico configurando grupos reducidos; pero tú ya no observarías aquellas bandadas rectilíneas, simétricas, casi iguales todas, surcar el cielo azul entre nubes otoñales de algodón. No las verías alejarse en busca de la suave calidez de otros veranos.

Era una mañana como las demás. No existía ningún aciago presentimiento, ningún asomo ni sospecha externa visible, ningún pérfido augurio de la horrible tragedia que se aproximaba. Madre arregló la comida con el mismo cuidado que cada día: con cariño, con esmero, con mimo, como sólo ella sabía hacerlo. Puso en la merendera una tortilla tierna, blanda, esponjosa; unas deliciosas tajadas de tocino frito y unos sabrosos chorizos recién sacados de la orza. Metió la merendera y el pan dentro del talego y lo anudó con suavidad, con delicadeza. Luego colocó el talego, el botijo del agua y el botillo del vino dentro de las alforjas como hacía cada mañana.

Era un día lo mismo que los otros. Al clarear la mañana, una luz tenue, sutil, delicada, iluminó calles y casas. Un sol de otoño agradable asomó tímidamente tras el cerro y comenzó a entibiar con placidez los añorados paisajes de la infancia: montes, árboles y ríos que nos conocieron de niños, que supieron de nuestros juegos infantiles. Juan cruzó la plaza con las alforjas al hombro. Caminaba tarareando una canción de moda. Saludó a un corro de viejecitos que, apoyados en trémulas garrotas, descansaban en la plazoleta. Tomaban el sol, se calentaban al calorcillo del solano mientras charlaban animosamente. Hablaban de la falta de lluvia, del tibio sol de la mañana, del calorcillo de aquel otoño que acababa de comenzar.

Al volante del tractor, lo vieron alejarse calle abajo por última vez, silbaba y canturreaba una conocida canción. Luego, desapareció, se ocultó tras el serpenteante camino que bordea las eras.

Era una mañana quieta, sosegada, apacible, como cualquier otra. Los niños estudiaban en la escuela. Se escuchaba el cantar de la herrería, la dulce cantinela del hierro duro al ser golpeado en el yunque por Jesús "Marragolpes", pues éste y no otro era el apodo del herrero. Un afilador recorría las calles del pueblo. Caminaba con la bicicleta a un lado, detrás llevaba la piedra de afilar. Hacía sonar el flautín, después lanzaba su voz:

—El afiladoooooor. El afiladoooooor. Se afilan cuchillos, navajas, tijeras.



Huían asustadas las gallinas, libres por las calles. Salían las mujeres de las casas con los utensilios de cocina. El afilador empinaba la rueda trasera de la bicicleta, se encaramaba encima e impulsaba los pedales. Comenzaba a voltear la rígida rueda de silicio, volaban las chispas por el aire al rozar con el sílex el férreo metal. De cuando en cuando, se escuchaba el canto de un gallo. Cruzaban mujeres con cántaros a la cabeza camino de la fuente. El gorrino de “San Antón” callejeaba con la campanilla al cuello husmeando de puerta en puerta, de corral en corral. Como cada mañana, Rafael, el alguacil, realizaba su recorrido acostumbrado, pregonando de esquina en esquina. Un pitido, pregón normal; dos pitidos, pregón de la Hermandad; tres pitadas, pregón del Ayuntamiento. Él lo sabía bien, de todas las mujeres era perfectamente conocido. En este momento, aparece en mi recuerdo como si lo estuviera contemplando. Llevaba la trompetilla en la mano, la gorra calada hasta los ojos, el ajado pantalón de pana surcado de zurcidos, sus enormes pies emergiendo por fuera de las rudas abarcas lañadas. Se empinaba un poco, como para que se le escuchase mejor, y lanzaba su ronca voz al viento suave de la mañana. Se desgañitaba, incluso, proyectando su melódica canción:

–De orden del señor alcalde...

–De orden del señor alcalde... –repetíamos el pregón la traviesa chiquillería corriendo tras él.

–Si os pilló, os capo –gritaba persiguiéndonos, medio en broma, medio en serio.

Aquella mañana, próximo ya el mediodía, Rafael pregonaba por las afueras del pueblo, en la última esquina, cerca de las eras. En aquel momento, a través de confusas brumas, se dejó ver difuminada en el horizonte una figura borrosa. Apareció de repente, envuelta en el polvo del camino, confundida en la neblina matinal. Surgió inesperadamente, como un espectro, allá a lo lejos, por el camino de Valdevilla. Parecía una sombra excéntrica, una silueta diluida. Avanzaba con ligereza, apresuradamente, bramando como posesa y corriendo como alma que llevara el diablo.

Rafael permaneció inmóvil, petrificado, igual que si hubiera descubierto al mismo demonio luciferino en persona. Tan impresionado y aturdido quedó por la aparición, que cuentan, se le atragantó la pitada y cayó la trompetilla a tierra.

Era Andrés, el pastor. Algo habría ocurrido para que abandonase el ganado a su suerte y se presentase en el pueblo gritando de aquella manera.

Andrés, como cada mañana, transitaba campos apacentando el rebaño. Como cada día, subía y bajaba cerros, cruzaba caminos y veredas. Avanzaba despacio y hacía sonar la flauta. Aquella flauta que él mismo fabricara con una caña que cortó del cañaver del río. La flauta que él solo aprendió a tocar sin que nadie le enseñara y que tan acertadamente tañía. La flauta que quedó allí, olvidada nunca supo dónde, abandonada sin apenas advertirlo en su alocada huida.

Pastaba el rebaño al costado de un altozano. A no ser por el zumbido del tractor, seguramente, Juan el de la Antonia hubiera escuchado con claridad el dulce tañido de la flauta, su suave melodía, su música monótona y acorde. Quizá, hubiera percibido también el soniquete constante de las esquilas del rebaño desde el otro lado del otero.

El ganado iniciaba ya el descenso de la loma. En aquel momento, Andrés descubrió algo extraño en el fondo de la hondonada. Parecía un tractor, incluso un rayo de sol centelleaba



sobre una de las chapas; sin embargo, no se movía. Azuzó a los animales declive abajo en aquella dirección. Efectivamente, era un tractor caído. Andrés hizo conjeturas. Podría ser Joaquín, o tal vez Juan el de la Antonia, los dos tenían tractores parecidos, del mismo color y marca. Las tierras eran arrendadas, pertenecían a Alberto, el que emigró a Madrid a trabajar en una portería. Se olvidó del rebaño. Cayeron al suelo el morral, la garrota y la flauta en su atropelladora marcha. Se deslizó pendiente abajo, seguido por su perro que ladraba sin cesar. Arrastraba piedras, arrancaba matorrales de cuajo en su avance, caía, rodaba declive abajo. Se levantaba de nuevo con ligereza; descendía precipitadamente; avanzaba lleno de arañosos. Sangraba abundantemente y cojeaba. Llegó jadeante, exangüe, sudoroso. Allí se encontraba tendida la frágil silueta de Juan. Estaba inmóvil, rígido, yerto. Su cuerpo desfigurado, destrozado por el impacto del golpe. Se encontraba abatido, deformado, aplastado bajo el peso, prisionero entre la chatarra. Parecía un muñeco roto, abandonado, que un niño hubiera arrojado a la soledad de la campiña. La tierra despedía un fuerte hedor a gasoil, a sangre derramada. Por el aire ascendía un sabor amargo, un olor a soledad, a destrucción, a muerte. Separó hierros, barras, láminas y chapas retorcidas. A través de los hierros doblados, surgían las facciones pálidas, lívidas, mortecinas, de su rostro sin vida cubierto por la tierra sucia y grasienta de aquel otoño sin lluvia en los sembrados.

Andrés se adentró en las primeras callejuelas del pueblo. Llegó rendido, exánime, desfallecido; su cuerpo despedía un profundo olor a gasoil, a sangre, a muerte. El alguacil se aproximó a él y acudieron algunas mujeres al escuchar los gritos. Se desvaneció en el suelo sin aliento, sudoroso, medio muerto. Alguien le acercó un vaso de agua. Deliraba, balbuceaba palabras ininteligibles:

—Un tractor caído... Juan el de la Antonia... Valdevilla...

Se rasgó el apacible sosiego de la mañana de otoño. La quietud, calma y silencio en que estaba mecido el pueblo se perturbó en poco tiempo. Se difundió el suceso raudo como el viento. Se propagó por calles y placetas; se extendió por los solanos; corrió de boca en boca, a través de un interminable comadreo de mujeres. Comenzaron a tocar las campanas. Enmudeció el yunque de la herrería, Jesús Marragolpes corría como todos. El afilador recogió trastos, guardó el flautín en el bolsillo del zurcido pantalón y se alejó del pueblo. Le vieron desaparecer subido en la bicicleta, desvanecerse bajo el polvo del camino que serpea entre los olivares. Marchó en dirección norte, buscando los pueblos de la Sierra.

La noticia trepó por encima de los ondulados tejados. El viento la mecía como hojas caídas de aquel otoño nuevo que acababa de comenzar. ¿Quizá la trasladó envuelta en el humo de las chimeneas? ¿Acaso fue con una bandada de golondrinas emigrantes? ¿Fue, tal vez, el tañido de las campanas? La arrastró por sinuosos senderos, por tortuosas veredas. Llegó hasta los campos de sembrados, a los más apartados y remotos parajes. La introdujo en los avizores oídos de los lugareños que, en aquel momento, se encontraban arando en las sementeras.

Algún tiempo después, levantaban el férreo y pesado mecanismo. Retiraban el duro lastre de hierros y chatarra y dejaban libre el cuerpo sin vida del infortunado Juan.

## EL SILENCIO

La historia de sus días se detuvo aquel triste y aciago atardecer de otoño. Se desvaneció, desapareció allí mismo, se apagó oculta en la aridez de la tierra, enterrada en la yerma y desolada fosa horadada en la sequedad de octubre. Se truncaron el arroyo y el vigor de sus firmes ánimos. Sus vidas surtieron un claro y terminante viraje de trescientos grados en redondo.

Resultaba difícil conciliar el sueño en las frías y prolongadas noches de otoño, cuando el viento silbaba con fuerza en las chimeneas ya sin humo, en los salientes del tejado, en las casas vacías, derruidas, entre los olmos de la cuesta abrazados al río. Pero mayor contrariedad suponía aún, despertar en la estremecedora oscuridad de la noche, levantarse despacio, palpar recuerdos, formas, figuras abandonadas en las tinieblas de la alcoba. Abarcas descuidadas al pie de la cama, chaquetas pendidas de la percha, ropas revueltas, y tantos y tantos recuerdos flotando en las sombras enrarecidas de octubre; emergiendo de cada una de sus evocadoras cosas; oscilando a su antojo; agitándose con emoción en los tristes sueños de la noche interminable, y descubrir la dura realidad. Saber que no dormía allí, y peor aún, tampoco deambulaba como Antonio y Miguel por esos mundos, extraviados, perdidos en remotas metrópolis, olvidados en medio de nebulosos vahos y emanaciones, turbios humos de inhóspitas ciudades.

Un extraño desconsuelo les inundaba el alma. Una misteriosa y singular tristeza se apoderaba de sus espíritus al recordarlo. Laceraban las huellas de su imagen. Punzaba el paso del recuerdo. Afilados rejonos arponeaban sus vísceras internas, pinchaban las profundas y delicadas entrañas de sus cuerpos envejecidos. Sentían un vacío constante en el estómago, gatos que arañaban sus intestinos, horribles martillos de cerebros, desasosiegos incesantes, absolutos desvaríos, lamentos y delirios de tristeza.

“Que es no saber ya quién soy, ni qué hago aquí, otra vez tumbada boca abajo, abrazada a esta vieja cama que no es la mía, pero fue la suya”.

Resultaba difícil despertar sin él. Despertaban hastiados, con desgana, sin anhelos, sin ánimos para comenzar el día; carecían de los estímulos y atractivos necesarios para seguir viviendo. Se levantaban despacio, muy despacio, a pesar de no ser tan viejos todavía. Él tomaba el talego con la merienda y huía al campo para todo el día. Salía a podar viñas o a los olivares. Trataba de olvidar en la soledad de la campiña y horadaba en recuerdos distantes por si aún queda algo grato merecedor de recordar. Ella encendía la lumbre en la desierta cocina, aquella cocina antaño rebosante de vida y alegría. La encendía torpemente, con manos temblorosas. Sus rudas manos de labriega que en otros tiempos jóvenes con tanta soltura y destreza amasaron el pan y manejaron la rueca y el cedazo. Se sentaba durante horas acurrucada a la orilla de la lumbre. Le tranquilizaba contemplar el fuego. Olvidaba observando la llama rojiza al elevarse y aún le traía algún agradable y lejano recuerdo la leña que ardía y chisporroteaba, que se consumía, igual que todos acabaremos por consumirnos algún día. Recordaba y olvidaba al mismo tiempo.

“Allí esperaba, sentada como cada día, como siempre, no sabía qué. ¿Qué esperaba? ¿Qué podría esperar después de todo? Quizá el paso del tiempo únicamente”.

“¿Qué esperas ahí, sentada eternamente? Incongruente, necia, fútil, pregunta. Preguntad a los que aún esperan. Absurdo e inútil preguntarle a ella. No me preguntéis tampoco a mí, a nosotros, los que ya nada esperamos. Sólo sabemos que su vida se extingue



apresuradamente, corre, se precipita hacia lugares recónditos, extraños, remotos, de donde jamás se regresa”.

Juan regresaba tarde del campo. Se encerraba en lo más profundo de la cueva, abajo del todo, en el jaraíz. No hablaba con nadie. Se había vuelto huraño y rehuía a la gente. Allí, en lo más hondo y oscuro, pasaba las horas entre sombras misteriosas de panzudas tinajas proyectadas por la tenue luz de un candil sobre las humedecidas paredes. Bebía vino tinto mientras lloraba, se lamentaba y recordaba, aunque bebía para olvidar.

Volvía a casa pasada la medianoche, tambaleándose de lado a lado de la senda. Su sombra se confundía con las sombras de los olmos mecidos por el viento. En la mano llevaba la garrafillo del vino, y en el rostro, un oscuro velo de dolor y tristeza ocultaba sus humedecidos y chispeados ojos. Caminaba despacio, muy despacio, con pasos débiles, apagados, casi desfallecidos. Avanzaba encorvado, se asemejaba a un espectro adentrándose por las primeras callejas del pueblo. Su lánguida sombra vagaba desalentada, abatida. Emergía de repente, como un aparecido entre olmos deshojados, ladridos de perros que en aquel momento dormitaban en los cobertizos de los corrales y maullidos de escurridizos gatos en los tejados. Se confundía con la sombra fantasmal de una mustia y enristecida higuera que asomada a las tapias de un huerto lanzaba las tenues sombras de sus ramas marchitas sobre la pared de enfrente a la escasa luz de la bombilla de una esquina.

Llegaba a casa y se acostaba en silencio, sin hacer ruido para que su mujer no le oyera. Se metía en la cama vestido y tiritando de frío. Antonia que seguía despierta hasta que volviera, apenas si se atrevía a regañarle.

—Juan, un día de éstos vas a pillar una pulmonía —le decía únicamente.

En las largas nevadas de aquellos lejanos inviernos, se dejaron oír más fuerte las voces del silencio. Él tejía los hilos de esparto entre sus dedos. Sujetaba el manojillo bajo el brazo mientras dejaba caer la gorra sobre la frente. Entrelazaba parsimoniosamente fibras y más fibras, hasta que aparecía, finalmente, una perfecta, graciosa, ondulada cuerda. Ella giraba la rueca o movía entre sus dedos las alargadas agujas de hacer calceta. Al principio, los dedos se movían con presteza. Luego, cada vez más lentos, con somnolencia y aburrimiento. No pronunciaban palabra. Las voces del silencio sólo hablaban, gritaban, clamaban dentro del cerebro. Rodaban, se aplastaban en los rincones, se incrustaban en las paredes. Cada día, un poco más viejos, se ponían más cerca de la lumbre. Encorvados, inclinados bajo el peso de los años; pero más aún, bajo el peso de la soledad, la ausencia y la angustia que, evidentemente, pesan, fatigan mucho más. Callaban, sólo se escuchaba el chisporroteo que producían los troncos de olivo al quemarse, y bajaban los ojos hacia el fuego. También se oía, de cuando en cuando, un estornudo, un carraspeo, un profundo suspiro. A veces, rompían el silencio unos momentos para leer en voz alta las cartas que Miguel y Antonio les escribían, pero lo hacían sin ilusión ni interés, con desgana. Ellos, ahora, parecían hablar un idioma diferente al suyo. Apenas preguntaban ni se interesan por el pueblo y sus gentes. Sólo contaban sus cosas de la ciudad, algo que ni siquiera entendían. Y al final, insistiendo, como siempre. Aunque ellos ya lo sabían, se lo habían dicho muchas veces:

“No nos vamos a la ciudad. De casa no nos movemos”.



## EL RECUERDO

Murió una mañana soleada al principio de la primavera. Como cada día, se encontraba acurrucada cerca de la chimenea, encogida, calentándose al fuego de la lumbre. Sin embargo, no hacía frío. El sol caldeaba ya con fuerza y entibiaba la casa, irrumpía firme en la cocina a través de los lactescentes visillos del ventanuco.

—¿Tienes frío? —preguntó Juan.

Pero ella no respondió.

Antonia había quedado enjuta, consumida, demacrada. Cada día más seca y arrugada, se disipaba lentamente, como antaño en los adorados tiempos se consumía la llama del candil al calorcillo de la cuadra entre las mulas las largas trasnochadas sin luz eléctrica. Apenas comía. Los huesos afloraban a través de su piel fina, delicada, débil y enfermiza. Permanecía inmóvil durante horas, con su cabecita nevada agachada, oculta bajo la campana de la chimenea, inclinada, contemplando la llama de la lumbre, ensimismada, sumida en viejas evocaciones y remotos recuerdos, dulces recuerdos que aún persistían arraigados en su mente enferma y, perseverantes en su ineludible huida, se afanaban por no desaparecer.

Contempla, casi desvanecidas ya, las siluetas de Juan y Antonio. Se cuelgan las carteras y se van a la escuela. Observa también a Juan, su marido. Apareja las mulas, prepara arreos y avíos para marchar al campo. Lo ve alejarse callejones abajo, con el par uncido, camino del sembrado. Ella, entonces, prepara en la artesa el pan blancuzco, suave, blando. Arregla los animales y, después, se marcha al río a lavar. Lleva el viejo barreño de cinc lleno de ropa encima de la cabeza. Sostiene la losa de lavar en el costado, y, al otro lado, va el pequeño Miguelín asido a su mano. De rodillas frente a la rizada losa, frota con el jabón ajadas camisas, peales y pantalones remendados, los restriega una y otra vez sobre las quebradas aristas de madera. Hunde sus rudas manos en el agua cristalina, aclara la ropa dejando que el agua la arrastre un poco corriente abajo. Miguelín se descalza y se mete al río. Juguetea en el remanso, donde hay poca profundidad y no hay corriente. Atrapa renacuajos y los mete dentro de un bote vacío.

—¿Tienes frío? —repitió Juan.

Pero Antonia permaneció con su blanquecina cabecita bajada hacia las brasas contemplando el fuego, registrando en los confines de la memoria.

Sus achaques y trastornos comenzaron tras la trágica muerte del hijo. Sus males eran ausencia, añoranza, tristeza, desconsuelo, abandono, soledad, falta de anhelos y deseos de vivir. Penetrantes recuerdos que hurgaban su memoria y le producían hondos sufrimientos. Escabrosos altibajos, alternativas, cambios repentinos, tortuosos avatares de la vida difíciles de sobrellevar e imposibles de olvidar.

Su marido, familiares, vecinos e hijos le insistían.

—¿Por qué no vas al médico?

Pero ella contestaba:

—Mis males no los curan los médicos. Ni las medicinas alivian mis dolores.



Más adelante, cuando aumentaron sus desvaríos y disparataba en exceso, avisaron al médico.

–Alzheimer –diagnosticó.

–¿Cómo dijo, doctor? –preguntó Juan.

–Alzheimer. Demencia senil. Es una enfermedad progresiva. Concluye por no conocer a las personas próximas. No recuerda a quienes conviven con ella, ni sucesos ocurridos recientemente. Sin embargo, recordará hechos lejanos.

Una extraña mezcla se apoderó de Juan. Una amalgama de confusiones lo conmovieron. Se estremeció de angustia y desasosiego, pero al mismo tiempo, sintió alegría y regocijo. Quizá no volviera a rememorar el amargo recuerdo, la desdichada muerte del hijo. Tal vez ya no se levantara sobresaltada en medio de la noche, entre lamentos, gritos, temores angustiosos, agitaciones, escalofríos y temblores de ansiedad. Viviría con el sosiego de recuerdos agradables, gratos recuerdos de tiempos felices, sin alborotos, sin estrépitos mecánicos de máquinas y tractores. Volvería a escuchar dulces trinos de pajarillos entre la mies amarilla del verano en los campos empapados de silencio. El rechinar de carretas que se alejan, su crujir monótono y lastimero cuando regresaban colmadas de mies camino de las eras. Recordaría el borboteo del pucherillo de barro cociéndose en la lumbre, el caldero colgado de la argolla, las fuelles, las tenazas y la gata negra dormitando junto a las brasas. Encontraría a las muchachas que regresaban de la fuente cargadas de cántaros y botijos. Mujeres que en las soleadas tardes de primavera remendaban peales viejos a la sombra de las moreras o espinzaban la flor del azafrán los atardeceres de otoño. Volvería a abrir sus balcones. Se asomaría a las ventanas y miraría a lo lejos, esperando. Entre las desvaídas figuras de los hombres que avanzaran en procesión, despacio, muy despacio, extenuados por el duro trabajo, divisaría la figura de Juan en la lejanía, a través de los trigos verdes en primavera, envuelto en el polvo del camino. Escucharía nostálgicas canciones de enamorados labriegos en las noches de verano. Muchachos que tocaban resonantes zambombas alrededor de la enrojecida estufa los días de Navidad. Rondallas de mozos, serenatas bajo los balcones floridos de lindas muchachas. Mozas lozanas, robustas, encendidas como flores de ababol. Recordaría que, una vez, en sus años de novios, Juan la había piropeado: “Antonia, estás como un ababolazo”. Añoraría tiempos pasados, el ayer remoto, la niñez casi olvidada, la adolescencia perdida, la juventud desvanecida como un sueño, su ayer volatizado como un suave soplo, como una tenue llama de candil que se apagara lentamente. Sus seres queridos, muertos ya, revividos de nuevo en su mente enferma.

Aquella mañana, encogida a la orilla de la lumbre, escuchaba piar de gorriones en la esquina de la casa, en las ramas de las acacias reverdecidas, florecidas ya, y en los olmos de la cuesta. Cantaban los pajarillos suspendidos en los aleros de los tejados y por encima de los almendros en flor. Escuchaba lejanos ladridos de perros. Murmullo de gentes que caminaban por las calles. Gallos que cantaban una y otra vez. Gallinas sueltas por los callejones picoteando hierbas. Mujeres que traían el agua de la fuente. Escuchó lejano el eco de un rumor que corría de boca en boca. Prestó atención: “Se muere la vieja Antonia”, decía. Escuchó el cantar de la herrería. La voz de un vendedor que recorría las calles del pueblo voceando la mercancía de esquina en esquina. El gorrino de “San Antón” husmeando en la puerta del corral, sonando su campanilla. Escuchó la voz del pregonero. Rafael, el alguacil, se detuvo en las cuatro esquinas, se empinó un poco y alzó su vozarrón para pregonar tienda en la plaza. Escuchaba voces de lañadores y capadores. El flautín

de un afilador, luego su voz: “El afiladoooooor. El afiladoooooor. Se afilan cuchillos, navajas, tijeras”.

Débiles pasos de apagados ancianos se encaminaban a sentarse a las afueras de pueblo, en el pretil del puente romano de piedra sobre el río. Los niños estaban en la escuela. Era la hora del recreo. Hasta los oídos de Antonia llegaban los gritos de los niños que jugueteaban, corrían, retozaban en la plaza. En medio de aquellas voces infantiles distinguió con claridad la voz de Juan, su Juanito. Recordó que aún no le había acercado el almuerzo a la escuela, como hacía cada mañana a la hora del recreo.

Intentó incorporarse, trató de ponerse en pie para ir a la escuela a llevarle a su Juanito –igual que hacía cuando era niño– pan con chocolate o pan con agua y azúcar que él devoraba sin dejar de correr, trotando con los otros muchachos, dándole patadas a un balón de un extremo al otro de la plaza. Pero no consiguió moverse. Quiso avisar a su marido: “Juan, acércale el almuerzo al chico”, pero no brotaron las palabras de su boca.

–¿Tienes frío? –preguntó otra vez Juan.

Entonces fue cuando Juan se dio cuenta de que no tenía frío, porque Antonia ya no estaba allí. En aquel lugar, al lado de la lumbre, sólo quedaba un cuerpecillo minúsculo, enjuto, apagado para siempre. Aquel cuerpecillo débil que se fue apagando lentamente tras la muerte del hijo. Sus manos sólo acariciaban una calavera blanquecina, nacarada, como una nevada de invierno, pero sin vida.

Y Juan casi no lloró la muerte de su esposa, tan falto andaba ya de lágrimas.

Murió de tristeza, ausencia, soledad, pena, añoranza y desconsuelo. Aunque alguien dijo que, en realidad, llevaba muerta desde aquel nefasto atardecer de otoño en que trajeron al hijo muerto.